

Muchas trompas hacen el trabajo más liviano



Había una vez un elefantito que se llamaba Tolongo. Se había criado en la sabana con su madre y otro par de familias de elefantes. A diario deambulaban por las praderas en busca de alimento, y al encontrar una zona con abundante pasto y bien abastecida de agua permanecían allí hasta que la charca se secaba o escaseaba la comida.

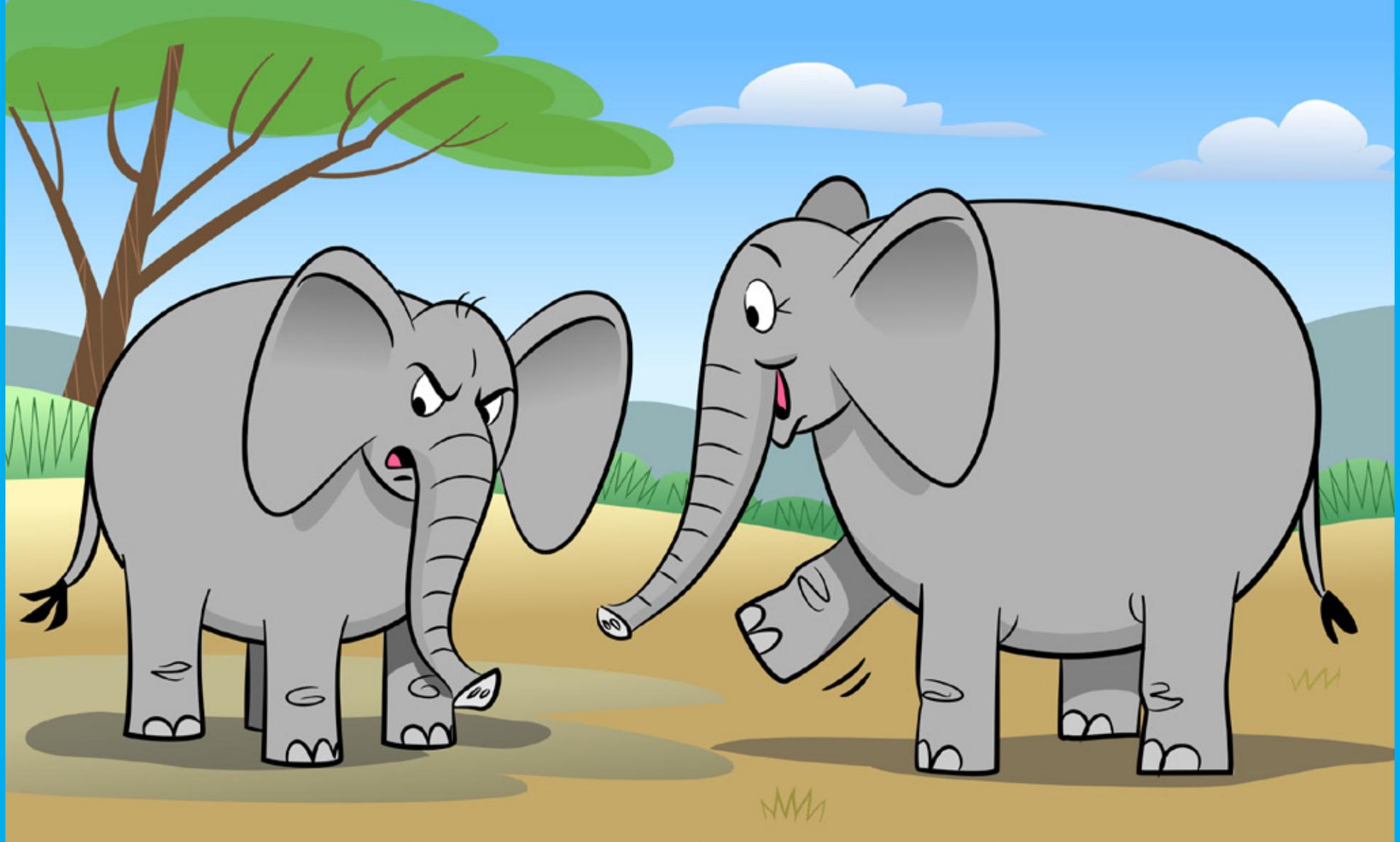
Tolongo crecía día a día. Cuando nació tuvo que aprender a ponerse de pie y caminar, pero ahora ya estaba aprendiendo a utilizar su trompa para hacer cosas muy interesantes, como levantar objetos pesados, darse una ducha cuando apretaba el calor, y por supuesto para beber, comer y el resto de cosas básicas que componen la vida de un elefante.



Le encantaba bañarse en la charca mientras conversaba con Ringo, su amigo hipopótamo. Hacía mucho calor y siempre resultaba refrescante tomar un buen baño. Pero no podía quedarse todo el día en el agua, tenía la enorme tarea de aprender cómo ser un buen elefante.

Tolongo se convirtió en un elefante robusto y

poderoso, pero a veces se volvía altanero y demasiado seguro de sí mismo. Creía que lo podía hacer todo solo y que no precisaba la ayuda de nadie. Y era cierto. Al ser muy competente, con frecuencia podía hacerlo; pero un día aprendió que, en ocasiones, es mejor trabajar en equipo.



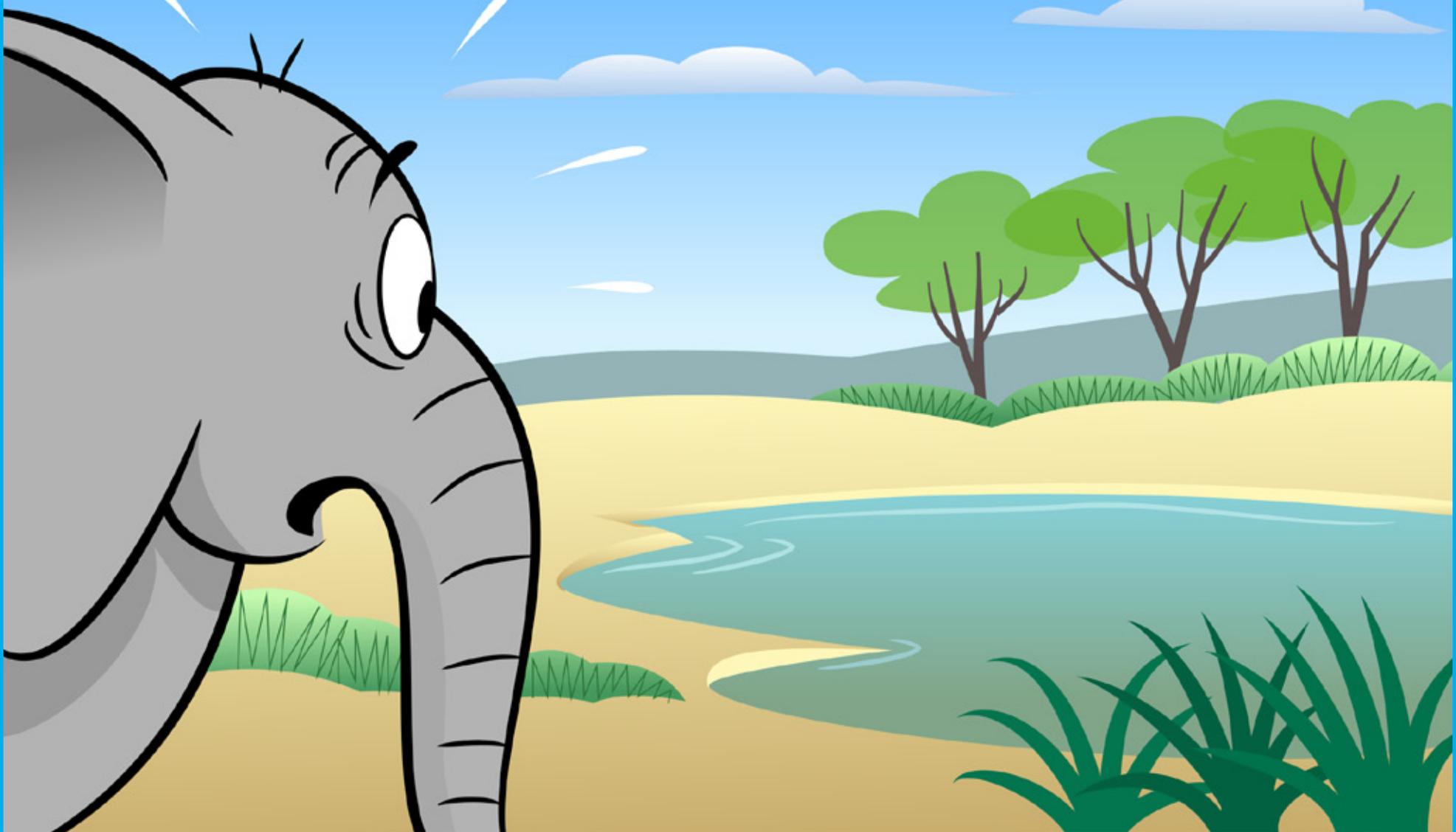
—Buenos días, Tolongo —dijo su madre, Kalana—. ¿Dormiste bien?

—Sí, gracias —contestó él.

—¿Qué te parece si hoy ayudas a tu amigo Matali con sus tareas? —le preguntó su mamá. Matali era otro de los elefantes jóvenes de la manada, pero no se llevaba muy bien con Tolongo.

Existía cierta rivalidad entre ellos ya que ambos se esforzaban por demostrar su superioridad ante los demás y cuál era el más fuerte e inteligente de los dos.

—¿Por qué no hace su trabajo él solo? —se quejó Tolongo.



—Normalmente lo hace, pero hoy su mamá le ha pedido que arranque algunas de las ramas grandes para que coman los elefantes más pequeños. Como es una tarea enorme y pesada, pensamos que sería bueno que ambos trabajéis juntos y así terminaréis mucho antes —respondió Kalana.

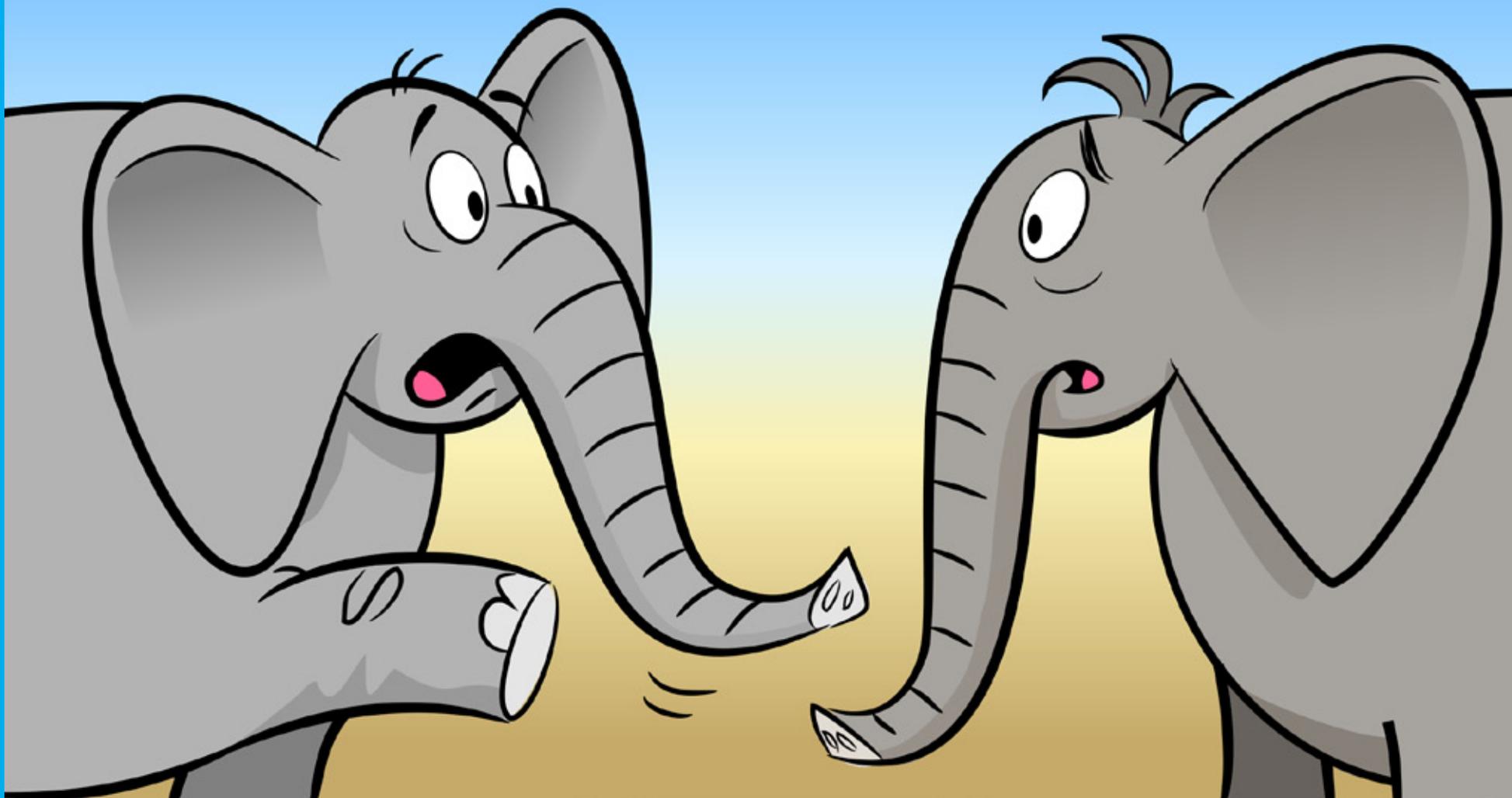
—Bueno, está bien, si tengo que ayudarle, lo haré. Pero primero deja que vaya a la charca y me dé un chapuzón con Ringo —repuso Tolongo con tono

disgustado.

—Hasta luego, mamá —dijo mientras se dirigía deprisa hacia la charca.

Cuando llegó, descubrió que Ringo no estaba por ninguna parte.

—¿Qué le habrá pasado? —se preguntó Tolongo—. *Todas las mañanas está aquí. No ha faltado ni una sola vez. Quizás se ha hecho daño. Iré a buscarlo por si necesita ayuda.*

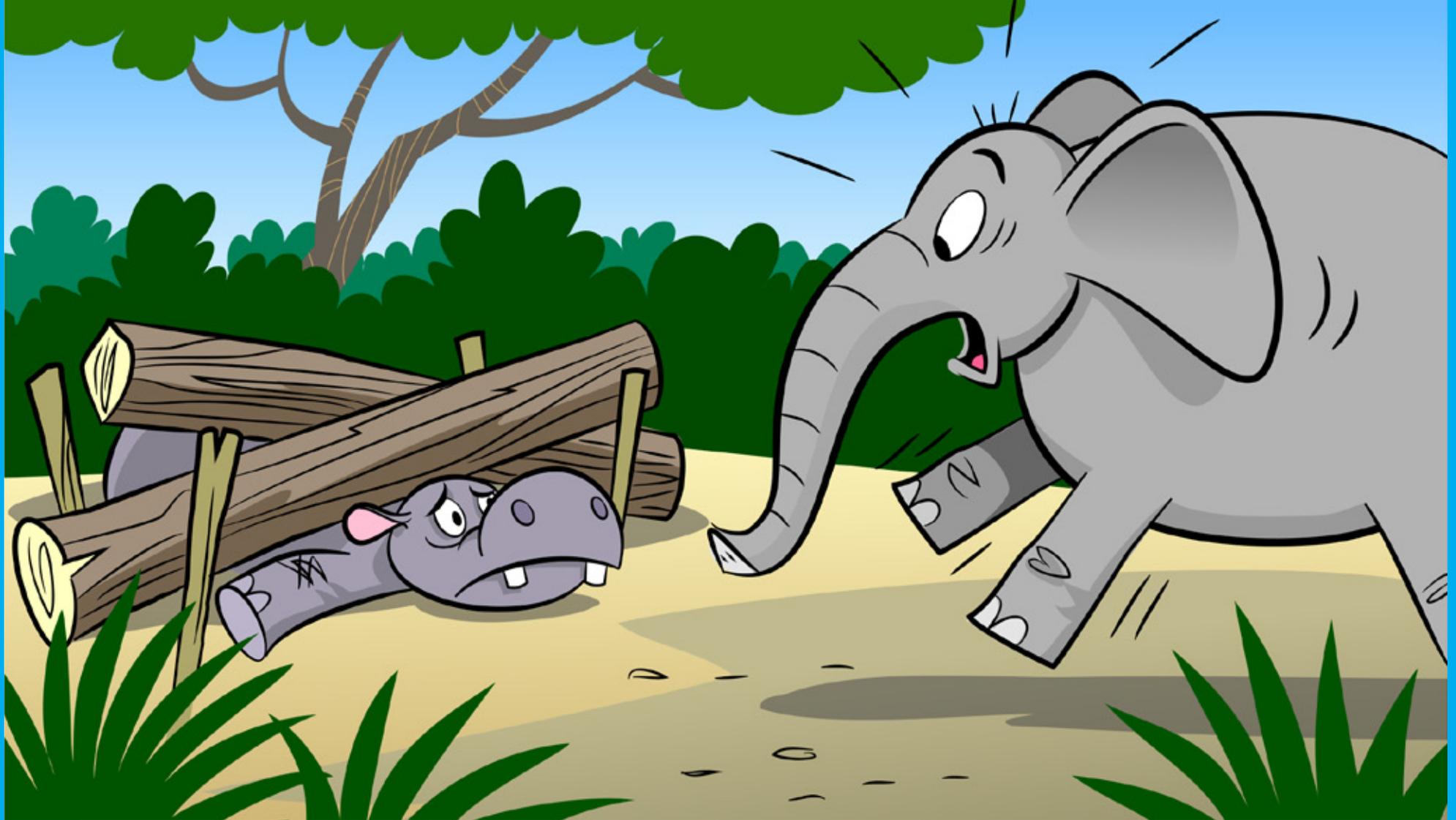


A lo mejor Matali lo ha visto. Como ha explorado zonas que no conozco, quizás me quiera acompañar a buscarlo.

Rápidamente regresó a donde estaba la manada y encontró a Matali; le contó lo sucedido y le preguntó si podía acompañarlo a buscar a Ringo.

—Te ayudaré con mucho gusto —afirmó

Matali—, no puede estar lejos, nunca se aleja demasiado. Pongámonos manos a la obra. Tú ve por ahí y yo iré por allí, y nos encontraremos en medio. Si lo encuentras y está herido, quédate con él hasta que yo llegue. Si yo lo encuentro primero, haré lo mismo.



Los dos jóvenes elefantes emprendieron la búsqueda de Ringo. Al poco rato, Tolongo encontró al pobre hipopótamo. Había caído en la trampa de un cazador furtivo y no podía moverse. Pobre Ringo, daba pena verlo. A su amigo le dio mucha lástima y quiso hacer algo para ayudarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, amigo? —le preguntó.

—Anoche estaba caminando tranquilamente buscando comida, cuando de repente caí en esta trampa. Ya llevo varias horas en este agujero y no sé qué hacer. Tengo hambre y sed, y mucho calor. Ya no soy tan joven y me muero por salir de aquí. Amigo, ¿me puedes ayudar?

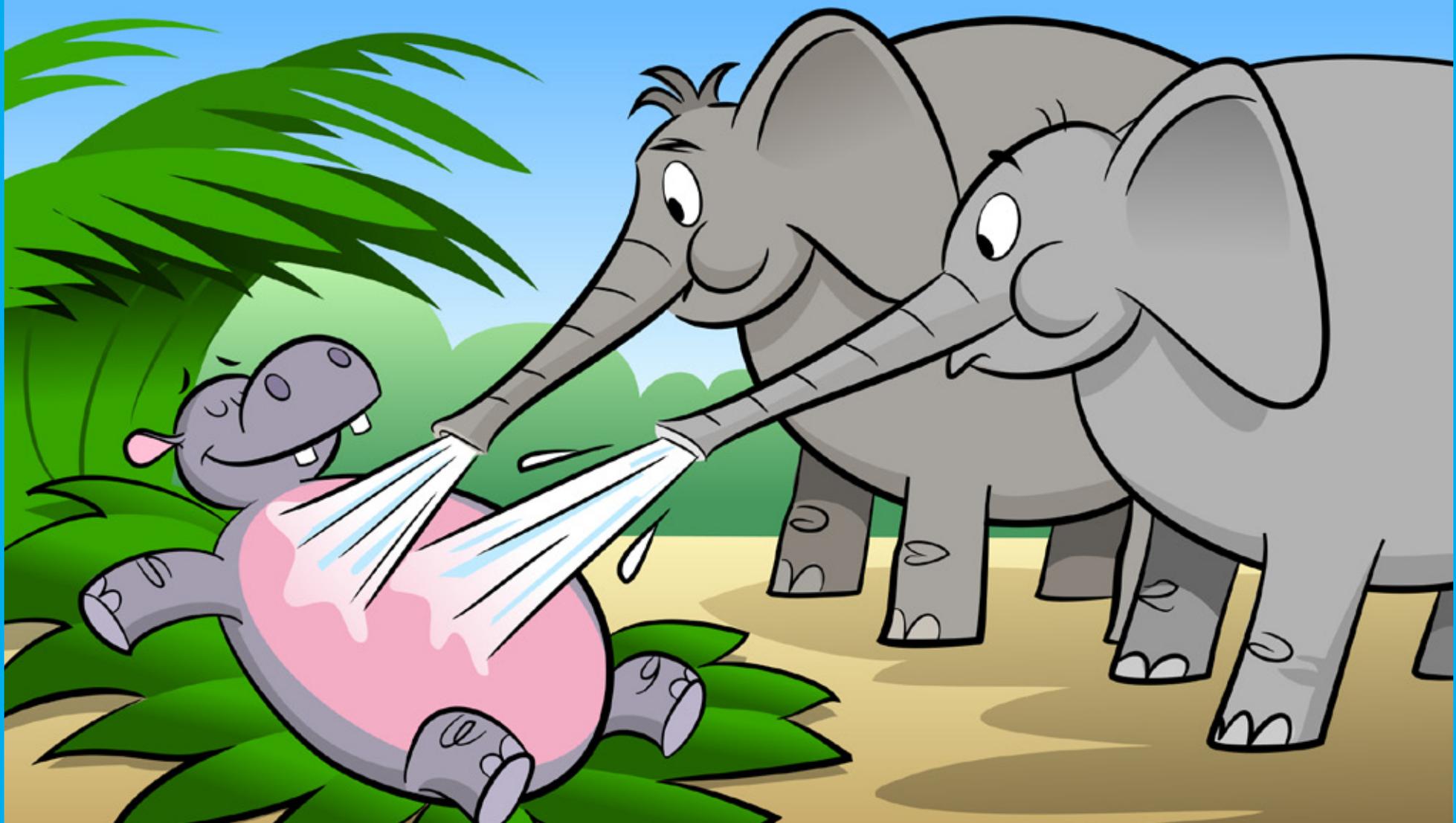


Tolongo rodeó con su trompa uno de los troncos que formaban la trampa y tiró con todas sus fuerzas. El tronco cedió un poco. Pero Tolongo no era lo suficientemente fuerte como para moverlo él solo.

—Qué necio he sido al pensar que puedo hacerlo todo solo. Ahora me doy cuenta de que a veces todos precisamos de los demás y que hay cosas que los elefantes tenemos que hacer juntos. He sido tan orgulloso al pensar que no necesitaba la ayuda de

nadie y que los demás tampoco precisaban de mi ayuda, pero ahora comprendo que yo solo no puedo con todo. Espero que Matali venga pronto y que juntos podamos mover este pesado tronco.

Tan pronto esa idea se le cruzó por la cabeza, alzó la mirada y descubrió con gran alegría que Matali se acercaba. Unos instantes después estaba a su lado y, uniendo fuerzas, consiguieron mover los troncos y liberar a Ringo.



—¡Gracias! —exclamó el hipopótamo—. Estoy muy agradecido de contar con unos amigos tan buenos como ustedes. Gracias por venir juntos a buscarme y ayudarme.

Ringo tuvo que guardar reposo varios días. Se había herido una pata y tenía que darle tiempo para sanarse. Matali y Tolongo —que ahora eran

amigos— se pasaron todo ese tiempo a su lado. Le trajeron comida, e incluso llenaron sus trompas con agua para darle un buen baño. Aquel día, ambos aprendieron una valiosa lección: que se logra mucho más trabajando juntos. E hicieron uno de los mayores descubrimientos de su vida: que ambos se necesitaban mutuamente.